

Mirador

La última cliente

XAVIER GUZMÁN URBIOLA

⊗ Su autor, George Miller, tituló así esta fotografía. Contiene una historia que hoy un estudioso puede descifrar, o un observador atento puede inventar sin dificultad.

Era julio de 1956. El fotógrafo incluyó en el encuadre una sección apenas de la calle y de la pared exterior de una lonchería. Se sabe que esta imagen retrata un establecimiento que se encontraba en una calle que salía a la Plaza Santos Degollado, en el centro de la Ciudad de México. No se sabe más. El fotógrafo así lo recuerda: pasaba por ahí, vio la escena, detuvo su auto y, sin bajarse, sacó su cámara rápidamente para captar el instante. No es un lugar elegante y, sin embargo, se ve a una mujer de espaldas y bien vestida que contrasta con el escenario. No hay un vestíbulo, hay un mostrador, ¿para el pan? El piso de losetas de pasta artificial colocadas en forma de casillero debió ser de tono crema y rojo o verde pálido. Evidencia de una larga época. Es una lonchería, sí. Ella no bebe, ¿sólo quiere cenar? Desde afuera se ve la barra. Pero el encuadre superior incluye también la cortina metálica a media altura atrancada con un palo de madera. Era tarde cuando Miller captó aquella escena; se adivina que a los dependientes les urgía irse a casa. Afuera ya estaba oscuro. El arranque de la noche en la ciudad. Sin embargo, dentro del local, la luz eléctrica permanecía encendida prolongando la actividad con dificultad, pues ella, *La última cliente*, se niega a retirarse, ¿o está obligada a no hacerlo? De la barra sólo se ve la parte inferior. Se distinguen los bancos tubulares cromados y vacíos.

La última cliente va vestida con cierta elegancia, traje de noche bajo la rodilla, sin mangas, tacones metálicos, ¿medias? Un corsé se adivina bajo sus ropas, mismo que acentúa sus formas, y porta un mantón desconcertante. Sorprende su postura, denota quizá can-

sancio, tedio en el rictus de sus piernas, lo que completa su actitud, quizá de hartazgo. No vemos su cara, ¿mira su café o espera? No lo sabemos, pero debió estar maquillada. Es una mujer cansada del trajín de la vida que se rehúsa a partir.

La fotografía con sus encuadres secciona una parte de la realidad y con ello siembra la inquietud. La mirada del fotógrafo sugiere qué es lo importante de entre lo banal. Esta fotografía es un testimonio de una vida de tedio, común entre miles o millones de ciudadanos de la larga época del desarrollo estabilizador.

Miller siempre trabajó de manera solitaria. Nunca buscó el reconocimiento. Usaba hacia aquellos años una cámara Leika. Hoy muy pocos estudiosos de la fotografía saben quién es. Sin embargo, sorprenden tanto su cultura visual como la difusión que había alcanzado ya para entonces la obra de Manuel Álvarez Bravo, además de los intereses compartidos entre ambos artistas visuales, pues si se mira la imagen de Álvarez Bravo titulada *Los agachados* (1932-1934), las coincidencias saltan a la vista. Ésta es más arraballera, más festiva; las vestimentas de los hombres que ahí vemos son humildes, los bancos estaban encadenados para que no los robaran, a nadie le urge cerrar el negocio. En suma, su mensaje es uno, es más directo y claro. *La última cliente* tiene más elementos, es introspectiva, es más compleja y su mensaje es tan sugerente como abierto.

En *La última cliente*, el personaje femenino se fue y prolongó su vida muchos años, o pocos. Se le fue la vida en revivirla, o tal vez no; su acompañante, ¿se había levantado en esos momentos? ¿Vivió pocos pero intensos días abrazada a esa melancolía? Nunca lo sabremos. ¿Para qué? Es ahí cuando el misterio se transforma en magia. Cada uno de los espectadores de esta foto, gracias a la mirada creadora de Miller, quien inmortalizó a esa mujer, descubrirán o inventarán diversas explicaciones, historias diferentes. ~

16

EstePaís cultura



George Miller, *La última clienta*.
Ciudad de México, 1956.